

portancia del triunfo obtenido por nuestras armas en el memorable día 5 de Mayo de 1862, es necesario tener presentes las angustiosas circunstancias en que se hallaba la república: estaba débil, en efecto, desfallecida, y su gobierno exhausto de recursos, como fueron informados los gobiernos de Europa, por la muy dilatada lucha que acababa de sostener contra la facción retrógrada en defensa de los principios liberales de la constitucion de 1857 y de las sábias leyes de reforma. La buena causa habia triunfado; pero luego se presentan, como en refuerzo del vencido bando, tres poderosas naciones de la Europa, que en su tenebrosa política concertaron hacer inútiles los esfuerzos de la república y embarazar su marcha por la emprendida senda del progreso. Con este fin acordaron venir á México, destruir contra todo derecho el órden establecido y la forma de ser político adoptada por la voluntad de la nacion, y sobre las ruinas de la libertad, sobre los escombros de la república levantar un trono y sentar en él á un príncipe europeo, que nos gobernara *in virga ferrea* y se prestara dócil á satisfacer las exigencias de las *altas partes contratantes*. La aparicion de aquellas tres potencias pretendiendo intervenir en los negocios interiores de México y disponer á su arbitrio de los destinos del país, fué un atentado de que no hay ejemplo en los tiempos modernos, que tanto distan ya de la edad media; fué un desacato, un ataque brusco á la constante ley de las naciones; fué un hecho infame, torpe, escandaloso, que con trabajo podrá creer nuestra posteridad, considerando el tiempo en que se ha cometido, y atendida la muy decantada civilizacion de Inglaterra, Francia y España. ¡Avergüéncense estas naciones de la imprudencia, del poco juicio y de la fatuidad de sus caprichosos gobiernos!

Verdad es que en el artículo 2º del tratado de alianza, firmado en Lóndres en 31 de Octubre de 1861, se comprometieron las partes contratantes á no ejercer en los negocios interiores de México influencia alguna que perjudicara el derecho de la nacion mexicana de escojer y establecer libremente la forma de su gobierno; pero este artículo, ó se puso únicamente porque en la segunda mitad del siglo XIX no se pueden ya profesar en público los rancios principios de intervencion y de conquista, ó fué propues-

to por parte de la Inglaterra y de España, y Napoleon III tuvo necesidad de adoptarlo, bajo de restriccion mental, por supuesto, ó con la firme resolucion de no cumplirlo.

Tal artículo, ademas, sobre descansar en el supuesto falso, que no puede atribuirse á ignorancia, de que México aun no adoptaba con libertad su forma de gobierno, envolvía un contrasentido imperdonable, pues se pretendia proporcionar á México esa libertad de elegir bajo la opresion de las bayonetas extranjeras. Soldados de monarquías, con instrucciones de sus respectivos soberanos ¡qué otra cosa podian traer sino la propaganda á mano armada del régimen monárquico y la resolucion de establecer en México un trono contra la voluntad nacional tan explícitamente manifestada desde los primeros años de nuestra emancipación! Esta era, á lo ménos, la mira política de Napoleon III, y esta mira no podia ocultarse á sus aliados. Desde ántes de celebrarse el tratado de 31 de Octubre de 1861, él habia formado su plan de establecer en México una monarquía, y de colocar en el trono al Archiduque de Austria. En 15 de aquel mismo mes Mr. Thouvenel, Ministro de Francia, escribia al embajador frances en Madrid: "El Emperador con perfecto desinterés renunciaba anticipadamente toda candidatura en favor de algun príncipe de la familia imperial." Y en cuanto á la eleccion de la dinastía, decia el Ministro que "un príncipe austriaco tendría su aprobacion."

Es, pues, claro, es notorio, es un hecho incontrovertible, para los hombres de buena fé, que Napoleon III trataba de imponer á México un gobierno monárquico, como el que impuso á Francia, ametrallando al pueblo de Paris, en Diciembre de 1851, y que tenia resuelto colocar en el trono al Archiduque de Austria. Se vino á confirmar esto con los hechos posteriores á la ocupacion de la capital de la república. El ofrecimiento del cetro, hecho al Archiduque de órden del mismo Napoleon por una junta que llamaron de notables, nombrada *ad hoc* por Forey y Saligny, y las excursiones militares ordenadas despues por Bazaine, para obligar á los pueblos á reconocer por la fuerza al gobierno del intruso austriaco ¡no prueban, á lo ojos del ménos avisado, que este fué el verdadero objeto de la expedicion contra

México....! ¿Quiérese todavía otra prueba? Oigamos lo que decía Napoleón III al General Forey en su famosa carta de instrucciones de 3 de Julio de 1862. "Las exigencias de nuestra política, los intereses de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar á México, plantar allí atrevidamente nuestra bandera y establecer una monarquía."

Tal fué, pues, la intencion de Napoleón III ántes y despues del tratado de alianza: no solo la de intervenir en los negocios interiores de México, sino la de disponer á su arbitrio de los destinos del país, usando de lo que en los pasados tiempos se llamó abusivamente derecho de conquista. Trataba el tirano de Francia de matar la idea republicana en las sociedades del nuevo mundo, comenzando por la que juzgó mas débil y abatida. ¡Harto costoso para aquella nacion ha sido, y será todavía, el desengaño! México, la agonizante, la moribunda México ha tenido la gloria de defender ella sola con buen suceso los republicanos principios de las naciones americanas, al mismo tiempo que ha sabido defender vigorosamente su propia autonomía contra las huestes del emperador de los franceses.

Y no ha negado despues aquel gobierno la parte activa que tomó en que se estableciera una monarquía en México. Tratando de satisfacer sobre esto al gobierno de los Estados-Unidos Mr. Drouyn de Lhuys, en nota diplomática de 9 de Enero de 1866, no se atreve á negarlo abiertamente; pero pretende disculpar al emperador aludiendo al hecho de que "había en México, al tiempo de la expedicion, un número de hombres influyentes que desesperaban de ver restablecido el órden en el estado que guardaba el gobierno republicano, y como consecuencia, acariciaban la idea de volver al régimen monárquico. Recuerda ademas, á este propósito, que uno de los últimos presidentes de México ofreció usar de su poder para el restablecimiento de la monarquía. Por último agrega que, al tiempo de la invasion francesa, las personas ántes aludidas creyeron llegada la ocasion de hacer un llamamiento al pueblo mexicano en favor de las instituciones monárquicas."

Demasiado conocidas son esas personas, ó mas bien clases influyentes á que alude el Ministro de Francia: son las

mismas que, parodiando á las ranas de Esopo, se arrastraron á los pies del torvo Júpiter de las Tellerías pidiendo un rey. Sabemos tambien, y sabe todo el mundo, cómo se hizo ese llamamiento al pueblo y cómo el voto de unas cuantos, pertenecientes á aquellas mismas clases, colocado en la punta de las bayonetas de Francia y llevado así por las columnas expedicionarias á las principales poblaciones del país, se bautizó con el pomposo nombre de "voto popular en favor del régimen monárquico y de la eleccion del austriaco." He aquí el bastardo origen del llamado imperio, que en sus locos ensueños juzgó imponernos Napoleón III, y á cuyo efímero establecimiento ha dirigido todos sus esfuerzos y ha sacrificado las vidas de millares de hijos de la Francia. Por mas que apure su talento diplomático el hábil Ministro, no lo grará jamas, siquiera medianamente cohonestar el atentado político de su amo Napoleón, pues aunque espresamente dice en su citada nota diplomática "el ejército frances, al entrar en México, no llevaba tradiciones monárquicas entre los pliegues de su bandera." se halla esto en contradiccion con lo que el antiguo Ministro escribia en 15 de Octubre de 1861 á Mr. Barrot, embajador de Francia en Madrid, sobre el desinterés con que Napoleón renunciaba anticipadamente toda candidatura en favor de algun príncipe de su familia para el trono de México; se halla en contradiccion con lo que el emperador dijo al General Forey en su carta de instrucciones sobre el deber que las exigencias de su política le imponian de establecer en México una monarquía; se halla en oposicion con los hechos, que siempre han hablado mas alto que las palabras, y sobre todo lo ha desmentido solemnemente el mismo Napoleón, que en su discurso de 15 de Febrero de este año, al abrirse las sesiones del cuerpo legislativo, dijo, refiriéndose á México, estas terminantes palabras "hemos tratado de levantar un antiguo imperio"

Trataba, en efecto, el ambicioso monarca de convertir á nuestra grande y generosa México, bajo el nombre de "Imperio," en colonia francesa. El llamado Emperador solo debia contentarse con este campanudo título, no siendo realmente otra cosa que el juguete, el ridículo maniqui del soldado frances. Tal ha sido Maximiliano, como lo hemos

visto, durante la permanencia en México del ejército expedicionario, y de esto él mismo se ha quejado en un solemne documento oficial. ¿Qué habría sido del pueblo mexicano si hubieran llegado á realizarse las siniestras miras del déspota de Francia; si el mismo pueblo no hubiera tenido el buen sentido de ver siempre un mal en la presencia de un ejército extraño?

Recordémos que, cuando Carlos de Anjou, hermano del santo rey Luis de Francia, se apoderó del reino de Sicilia que, en odio al rey Manfredo y al partido de los gibelinos, le ofreció el papa Urbano IV, remitiéndole el breve de su investidura, los capitanes franceses se dividían el reino y los soldados saqueaban las ciudades. Este desorden de la soldadesca, las violencias de los gefes y las exacciones de los ministros excitaron naturalmente en el pueblo una revolución, y el rey intruso ocurrió al nuevo papa Clemente IV pidiendo le ayudase con su palabra y sus tesoros. „Si tu reino,” le contestó el papa, „es cruelmente expoliado por tus ministros, á tí es únicamente á quien debe imputarse, puesto que has conferido todos los empleos á ladrones y asesinos que perpetran en tus estados actos cuya vista no puede Dios soportar. Esos hombres infames no temen mancharse con violaciones, adulterios, exacciones injustas y toda clase de latrocinios.”

Esta conducta irregular y escandalosamente vandálica con que los franceses oprimían en el siglo XIII á los pueblos de Sicilia; esta torpe conducta, que produjo al fin, como su natural reaccion, el general levantamiento y aquella horrosa matanza de las „Visperas Sicilianas,” es la misma que, como entónces y en todos tiempos, observan ahora los franceses en todas partes á donde llevan sus armas victoriosas. El robo, los frios asesinatos, el incendio y la devastacion han mareado en nuestros dias su paso por las poblaciones de la China. Las mismas huellas de exterminio y de sangre dejaron á principios de este siglo en España, en esa misma España que en 1861 se unió desnaturalizada á sus antiguos opresores para traer la guerra á sus hijos. ¿Y nosotros no hemos sido víctimas de iguales desmanes? ¿No hemos presenciado el saqueo de algunas de nuestras poblaciones, el incendio y la destruccion de

otras, los horribles asesinatos de personas inermes, las sangrientas ejecuciones que hacian las llamadas cortes marciales, especie de tribunales bárbaros é inicuos en que los mismos invasores franceses ó belgas juzgaban y mandaban matar á los mexicanos, por el grave delito de ser patriotas! ¿No hemos visto los plagios y encarcelamientos de ciudadanos honrados y pacíficos, hechos por los gefes franceses solamente con el objeto de exigir cuantiosos rescates! ¿No hemos sufrido todo género de violencias y de vejaciones? ¿No hemos sido objeto de los mas groseros insultos que los franceses nos hacian solo porque no nos prestabamos con dócil espontaneidad á reconocer á su estaferno como árbitro de los destinos de nuestra siempre idolatrada patria? ¡Ah! Los franceses nos trataban ya como á sus verdaderos esclavos, cuando no podian considerarse dueños ni aun del terreno que pisaban ¿qué habría sido de nuestro país si hubieran llegado á dominarlo afianzándose en el poder? Razon tenían, sin duda, los diputados Sicilianos enviados cerca del rey D. Pedro de Aragon, despues de las famosas „Visperas,” para dirigirle estas sentidas palabras. „En nombre de la pasion que nuestro Señor Jesucristo sufrió en la Cruz por el género humano, tened piedad de aquel desgraciado pueblo; dignaos socorrerle, animarle, arriancarle del dolor y de la esclavitud en que está sumido. . . . Los pueblos están huérfanos, porque no tienen padre ni madre que los pueda defender, si Dios, vos y los vuestros no venis en su ayuda. Tened piedad de nosotros, y venid á tomar posesion de un reino que pertenece á vos y á vuestros hijos, y así como Dios protegió al pueblo de Israel enviándole á Moisés, id de parte de Dios á sacar aquel pobre pueblo del mas cruel Faraon que jamas ha existido, porque, os lo decimos, Señor, *no hay dueños mas crueles que esos franceses para las pobres gentes que tienen la desgracia de caer en su poder.*”

Así se espresaban los embajadores sicilianos ante el rey D. Pedro de Aragon. Bien manifiestan sus palabras el angustioso estado en que se hallaba su país. México habría tenido, sin duda, la misma suerte que la desgraciada Sicilia, si el Supremo Hacedor y Regulador de las sociedades no hubiera dirigido sobre nosotros una mirada compasiva; si no se

hubiera dignado conservar los preciosos dias de nuestro digno presidente C. Benito Juarez, para ejemplo de una constancia heróica y de una fe ciega en la proteccion y en los favorables designios de la divina Providencia; si no hubiera inspirado á los sufridos pueblos esa instintiva sublime abnegacion con que han sabido hacer todo género de sacrificios en favor de la independenciam y en defensa de la libertad; si no hubiera dado á los gefes de nuestro improvisado ejército ese arrojo extraordinario, ese gran corazon, ese heroísmo con que, faltos de todo recurso, muertos de hambre ellos y sus soldados, y aún careciendo de armas y de parque, han desafiado muchas veces y vencido en desigual combate á los veteranos de Francia que tenian abundantemente municiones de boca y guerra y que eran ademas auxiliados por los mexicanos que desgraciadamente se les unieron, y á quienes, para mengua del país, daban el nombre de sus aliados en la expedicion contra Mexico. ¡Alabémos y bendigámos esa divina mano que nos ha libertado de las garras de nuestros despiadados enemigos! ¡Caiga la maldicion de Dios sobre los que, uniéndose á los invasores, han asesinado bárbaramente á sus hermanos y han hecho les mayores esfuerzos por ver á su patria reducida á la esclavitud y atada al triunfante carro de un déspota extranjero! ¡Baldon y oprobio eterno á los que, renegando de su patria y despojándose de su dignidad de hombres, se convirtieron en apóstoles de la llamada intervencion y predicaban en favor de la noble, generosa y desinteresada intencion de Napoleon III que, segun ellos, invadía nuestro territorio solamente por hacernos felices trayéndonos *la civilizacion!* Por fortuna si algunos incautos cayeron en la red, por el carácter de las personas que pérfidamente la tendian, no se dejó alucinar la inmensa mayoría de la nacion: ella desde luego se aprestó á rechazar vigorosamente esa mentida felicidad que nos prometia un extranjero, esa *civilizacion* que debiamos recibir á palos ó por la fuerza bruta de las armas. El pueblo en esta vez, como siempre, ha tenido mejor sentido que los que presumieron ser sus directores: sabia por instinto que *la civilizacion misma impuesta por la fuerza es una esclavitud*, como lo ha dicho el célebre frances Lamartine.

Me perdonareis, conciudadanos, que abusando de la bon-

dad con que me escuchais, me haya estendido en hablar de la invasion francesa, porque he creido conveniente á mi propósito discurrir sobre las mal encubiertas miras de Napoleon III en su expedicion contra México y esponer [á la luz de la historia de otros pueblos invadidos por franceses y de lo que nosotros mismos hemos sufrido] la desgraciada suerte que debia esperar nuestro país, si aquellas miras del tirano de Francia hubieran llegado á realizarse; porque me parece que de este modo aparecerá á los ojos de nuestra posteridad mas puro y relevante el mérito de los hombres de corazon que han sacrificado su reposo y sus vidas peleando contra los osados invasores por defender el honor de nuestras familias, la dignidad, el decoro, la libertad y la independenciam nacional.

Por lo que toca al interes y objeto con que la Inglaterra y la España se aliaron á la Francia, enemiga de una y otra nacion, para traer la guerra á México, la severa é imparcial historia sabrá ponerlo en claro. Ella se encargará tambien de exponer el verdadero motivo por qué, despues de los convenios de la Soledad, rompieron aquellas mismas naciones el tratado de alianza, de retirando sus contingentes respectivos y dejando al contingente de Francia entregada á su propia suerte. Mas sea de esto lo que fuere, siempre hará honor á México la actitud imponente con que su ilustrado gobierno y su heroico pueblo se dispusieron desde luego á hacer frente á aquellas tres potencias unidas y á contestar con arma en mano al insulto que hacian á la majestad de la nacion.

Roto el tratado de alianza por la retirada de los ingleses y españoles, y habiendo quedado solos ya los franceses, juzgaron éstos espedito el camino á la política de intervencion, ó mas bien de conquista, dorado ensueño de su amo Napoleon III. Así pues, comenzaron por negarse á volver á sus antiguas posiciones, resolviéndose á quebrantar cobardemente el solemne tratado de la Soledad, mas bien que á retroceder y atacar valerosamente nuestros puntos fortificados, que por humanidad y por una generosidad sin ejemplo se les habia permitido traspasar. Emprendieron, pues, orgullosamente su marcha para el interior de la república. Se hallaba ya á la cabeza del ejército mexicano el ilustré

General Zaragoza, quien, deseando probar sus fuerzas y las del enemigo, dió á éste en las cumbres de Acultzingo una brillante muestra de la decision y del valor de las tropas republicanas en 28 de Abril de 1862, retirándose despues á las inmediaciones de Puebla para tomar posiciones y esperar allí el ataque del ejército frances, del que era gefe el general Laurencez.

Amaneció el 5 de Mayo, cuyo sol estaba destinado á alumbrar uno de los hechos mas gloriosos de nuestra moderna historia. Avístase el ejército frances: avanza hasta tomar sus posiciones: salen nuestras tropas y forman en batalla: Laurencez desprende sus columnas de ataque: el general mexicano comprende el plan del enemigo y manda reforzar los puntos amenazados: fuertes columnas francesas atacan el cerro de Guadalupe, y emprenden tambien otras no ménos respetables sobre el lugar donde estaba formada nuestra línea de batalla: trábase por tres veces un reñido combate, y por tres veces los reclutas mexicanos vieron volver la espalda y correr espantados á los veteranos de Francia, que se dicen los primeros y mas bravos soldados del mundo... El ejército invasor habia sido derrotado en pocas horas, no obstante su pericia y su mayor fuerza numérica. Laurencez tuvo que retroceder avergonzado hasta Orizava en los restos del destrozado ejército.

Esta victoria de los mexicanos bisonos contra los veteranos aguerridos de Francia, dió á conocer al mundo que México es muy digna de ser considerada en sus derechos de nacion independiente y libre. En esta brillante jornada nuestras humildes tropas se cubrieron de gloria: Berriozabal, Negrete, el modesto y bizarro general Porfirio Diaz y muchos otros gefes, y sobre todos el impertérrito y hábil general Zaragoza se elevaron al rango de los héroes. Este glorioso triunfo fué admirado y aplaudido con entusiasmo por todas las naciones amantes de la justicia y del derecho que cada Estado tiene para gobernarse por sí mismo, repeliendo cualquier extraña intervencion: él presentó á México y á su gobierno constitucional ante el mundo civilizado en toda su majestuosa dignidad: él desmintió solemnemente las imputaciones calumniosas con que en las cortes europeas habia sido escarnecido el pueblo mexicano, haciéndose aparecer

como una reunion de hombres desordenados, sin honor, sin ninguna virtud social y miserablemente cobardes á causa de sus mismos vicios. La Francia misma recibió con asombro la noticia de su no esperada derrota, y no se atrevió á emprender de nuevo sobre México, sino un año despues, cuando el general Forey, que fué despachado con grandes refuerzos para volver por el honor de su nacion, tuvo reunidos todos los elementos necesarios para hacer la guerra con buen éxito.

México, entre tanto, pudo prepararse para su defensa. La memorable jornada del 5 de Mayo de 1862 habia devuelto la fe á los que la tenian perdida desde que vieron las vacilaciones de Uruga, y habia alentado la de otros que la tenian desfallecida porque desconfiaban de la pujanza y del poder de nuestras improvisadas tropas. Fecundo fué aquel triunfo en resultados favorables á la causa de México. La heroica defensa de Puebla en el sitio de 1863, digna de figurar al lado de las de Numancia, Sagunto y Zaragoza, como ha dicho un ilustrado escritor de los Estados- Unidos, y las grandes lecciones de heroísmo que nuestros soldados republicanos han dado en mil combates á franceses, austriacos, belgas y mexicanos renegados, se han debido en gran parte á la memoria de aquel glorioso dia. Al recuerdo del General Zaragoza y del 5 de Mayo las tropas liberales han hecho prodigios de valor. Así fueron quitando una á una las plazas fuertes que tenian ocupadas los franceses en nombre del bastardo imperio: así lograron que el ejército de Napoleon III, bastante disminuido ya en cinco años de lucha, se retirara en medio de la rechifla general, llevando á presentar á Francia su bandera llena de inmundo lodo: así han logrado tambien los ilustres campeones Diaz y Escobedo, Corona y Treviño, Riva Palacio y Naranjo, Régules y Martínez, Rocha y Guadarrama, Leiva y muchos otros, valientes defensores de nuestra independencia y libertad, poner en inaccion y en la situacion mas violenta y desesperada al iluso Maximiliano y á los menguados sostenedores de su efímero y ridículo imperio, sitiados, como lo están, en las únicas plazas que conservan, Querétaro, México y Veracruz, y derrotado, como lo ha sido, el asesino feroz de Tacubaya, en quien el triste Archiduque fundaba solamente